



Las y los conservadores solo retrasarán el curso de la historia

Desde ahora puedes suscribirte automáticamente en el siguiente enlace: [Suscribirme a la Revista Primera Piedra](#)

Editorial

- I. Generación Rechazo: Cuatro rostros llamados a disputar la derecha tras el Plebiscito. Por el Desconcierto..... 3
- II. Cómo la política identitaria corrompió el proceso constituyente. Ciper Chile..... 7
- III. Diputados crearán comisión investigadora por millonarios aportes de Corfo a proyectos mineros de los Piñera-Morel. Por Infogate..... 13
- IV. A 49 años del golpe. Este domingo 11-S marchamos, en memoria de los caídos y a 50 años de los Cordones Industriales: por un partido revolucionario de la clase trabajadora. La Izquierda Diario..... 14



EDITORIAL - 1004

La victoria de la opción del Rechazo en el Plebiscito de Salida en Chile, puso una cuota de energía a los partidos tradicionales, especialmente a los extremos de la derecha, como muy bien representa el Partido Republicano, que aunque ganó su opción, hoy muestran quiebres mediáticos.

La necesidad de explicaciones profundas a esta situación, deben dar paso a mantener el resultado del Plebiscito de entrada, que fue la opción de una nueva constitución por una **Convención Constitucional** elegida democráticamente, **sin la participación de “expertos”**.

La élite política insiste en una convención de expertos, e incluso con una Convención Mixta Constitucional, ignorando la soberanía democrática del Plebiscito de entrada.

El simplismo de la clase política en las opciones en el nuevo proceso constituyente debe ser contrarrestado con una profunda densidad política, que permita depurar cada elemento en discusión o hipótesis sobre porque el resultado por la opción del Rechazo. De igual forma la opción ganadora del Rechazo, no ha traído calma a la ciudadanía ni al país.

A esta situación, el gobierno deberá no solo establecer procesos de diálogo con los partidos políticos, también con los movimientos sociales, con las colectividades, y con la oposición. La respuesta política deberá tener un matiz mucho más profundo que asegurar un proceso de elecciones, porque necesariamente esto no asegura la gobernabilidad para cumplir su plan de gobierno.

Bajo este escenario, con una derecha empoderada, que se adjudican a los votantes del Rechazo como una fuerza propia, ha logrado empezar a establecer vetos y correlaciones de fuerza al gobierno de Gabriel Boric, argumentando que la unidad de todos los sectores es necesaria, pero, bajo sus términos y condiciones.

Lamentablemente, la derecha es la que tiene la posibilidad de hacer un Chile para todos como decían. Bueno, esperamos las propuestas de esta unidad y esperamos que no sea con los criterios de exterminio que le hemos escuchado al diputado Kayser de la derecha.

“Las y los conservadores solo retrasarán el curso de la historia”



I. Generación Rechazo: Cuatro rostros llamados a disputar la derecha tras el Plebiscito. Por el Desconcierto.

La renovación siempre ha sido un problema para la derecha, algo que se vio particularmente acentuado tras los continuos fracasos electorales que tuvieron desde el Plebiscito del 2020 en adelante. Nadie quiso tomar ese “fierro caliente” que significaba el Rechazo de entonces y la herencia del gobierno de Sebastián Piñera.

Además, por un costado comenzó a tomar fuerza un movimiento ultraconservador que decantó en el Partido Republicano. Este apéndice creció a tal punto que todo el sector terminó haciendo fila detrás de su candidato presidencial, José Antonio Kast, comiéndose otra derrota.

Sin embargo, esa derecha sin proyecto ni relato se comenzó a revitalizar a lo largo de la Convención, principalmente de la mano de figuras nuevas, que ganaron visibilidad en la campaña y se consolidaron tras el triunfo, desplazando en el imaginario político a los “históricos” del sector, que se mantuvieron escondidos, forzados por el descrédito y la poca popularidad.

¿Quiénes son y qué piensan? El Desconcierto conversó con algunos representantes de la nueva camada de figuras llamada a disputarle la derecha a los viejos liderazgos.

María Fernanda Ulloa (23) – Irreverentes



María Fernanda Ulloa es estudiante de ciencias políticas en la Universidad Católica, vocera de la organización Irreverentes y militante de Evópoli. En el debut de la franja ciudadana del Rechazo, su testimonio fue uno de los más comentados, lo que la catapultó como vocera del comando.

Fefa, como la conocen sus amigos, se define a sí misma como una persona de centroderecha liberal. Si bien apostó por el Rechazo, siempre se imaginó un resultado estrecho. “Cuando vimos que la diferencia porcentual pasó los 15 puntos dije: ‘esto ya no tiene vuelta atrás’ y Chile eligió una mejor. Posterior a eso, vinieron los abrazos, gritos y celebraciones correspondientes en el comando”, relata a El Desconcierto.



A su juicio, el mayor desafío que tiene la derecha tras la victoria es “no dejar afuera a la sociedad civil del quehacer político. Además, de abrirse a visibilizar banderas y causas que se han tenido pero no de forma extrínseca. La inclusión, las mujeres, el medioambiente, la vivienda digna, entre otros, son temas que se tienen y que se han trabajado en el sector, pero que no se han tomado la voz pública desde nuestro lado”.

Sobre su futuro, Ulloa asegura que “hoy me debo al proceso constituyente que continúa y estoy forjando un liderazgo renovado en el que, tanto personas de mi edad como de generaciones mayores, se sienten representados”.

En ese contexto, ella se imagina una nueva Convención que no pase por alto a la sociedad civil, que permita la presentación de iniciativas populares de norma y que coexista con lo que ella llama “una Convención chica” compuesta por expertos que puedan respaldar la labor constituyente.

Claudio Salinas (27) – La Coordinadora



Claudio Salinas Morales es abogado, magíster en derecho administrativo de la Universidad de los Andes, y concejal de Buin en cupo UDI. Actualmente no milita en ningún partido y es director ejecutivo de la Coordinadora Nacional de Movimientos Ciudadanos, conocida simplemente como La Coordinadora.

Durante la campaña fue uno de los principales voceros de la Casa Ciudadana por el Rechazo, cuyo centro de operaciones estaba ubicado en calle Valentín Letelier en pleno centro de Santiago, a pasos de La Moneda.

Salinas no se describe a sí mismo como alguien de derecha. “Me defino como un tipo que defiende ideas y causas ciudadanas. Mi sector es la sociedad civil, y nuestro mayor desafío es ser escuchados y considerados en la redacción de una nueva propuesta constitucional”, subraya.

De hecho, el abogado muestra su disposición a participar del nuevo proceso y adelanta que “estaré trabajando para tener una nueva y buena Constitución para Chile, y pretendo desde la ciudadanía aportar a eso”.



“Se debe escuchar a la ciudadanía. Para que tengamos una constitución que sea la verdadera casa de todos y que nos una como chilenos. No tenemos otra oportunidad de hacer las cosas mal, el llamado es a la unidad”, concluye.

Javiera Rodríguez (27) – Las Mentoras



Javiera Rodríguez Pascual es periodista, ilustradora, vocera y fundadora del movimiento Las Mentoras, organización que busca potenciar liderazgos femeninos en política. También trabaja como editora de contenido del portal El Líbero.

La joven de centro derecha no le gusta etiquetarse “más allá de eso”, puesto que siente que ha “defendido lo que creo siempre, así que no debo explicaciones”.

Si bien no milita en ningún partido, fue candidata a concejala de Ñuñoa en un cupo UDI. También se describe como colocolina y “fanática de las papas fritas”.

En la campaña del Rechazo tuvo apariciones en la franja y recorrió distintas ciudades del país para defender su opción. A su juicio, el principal triunfo logrado en el Plebiscito fue que “se volvieron a instalar conceptos muy nuestros en los chilenos e hicieron sentido: libertad, propiedad, sociedad civil”.

En esa línea, asegura que uno de los desafíos más importantes de su sector tras el triunfo es “trabajar más en colectivo. Nos cuesta, casi por esencia. Nos gusta la competencia, el talento individual y bueno, está bien, pero a veces cuando nos unimos resultan grandes cosas”.

También cuestiona el elitismo, que a su juicio atraviesa toda la política en general, pero “chuta que ocurre aquí. Mismos círculos, misma gente. No siempre están los mejores y eso es un problema. También faltan mujeres. Lideran hombres, pagan hombres, piensan hombres. No tiene que ver con creer que las mujeres somos mejores, sino que somos distintas y eso tiene tremendo valor en la política. Habrá que tomarse el espacio no más”.

Si bien acepta el camino de avanzar hacia un nuevo proceso constituyente, no lo considera una prioridad. Aún así, sugiere que, más allá de la fórmula, el objetivo de esta nueva etapa debe ser “huir del octubrismo y encontrar la forma de generar consensos. Con las mujeres, con la sociedad civil, con todas las sensibilidades políticas”.



Francisco Orrego (35) – Con mi plata No



Francisco Javier Orrego es abogado de la Universidad de Chile, fundador de Cabilderos y vocero del movimiento Con mi plata No, que busca defender la propiedad de los trabajadores sobre sus fondos previsionales.

Milita en Renovación Nacional (RN) desde su época universitaria. En la Escuela de Derecho de la Universidad de Chile fundó la Centro Derecha Universitaria (CDU), espacio donde compartió con el actual Presidente de la

República, Gabriel Boric.

Durante el funcionamiento de la Convención se desempeñó como asesor de los convencionales de Chile Vamos, desde donde estructuró una de las principales críticas al órgano constituyente: las pensiones. De hecho, su narrativa significó uno de los puntos de inflexión más importantes del proceso.

También tuvo una veta en la industria mediática, como panelista de Radio Agricultura y del programa Sin Filtros de canal VIVE, donde ganó una amplia visibilidad en redes sociales. En ese período criticó duramente la aparición de José Antonio Kast en plena campaña.

“Nosotros sacándonos la cresta en todos los medios de comunicación, explicando el borrador detalle por detalle, recorriendo el país de norte a sur. (Pero) aparecen los ‘históricos’ y nos vamos a la cresta. ¿Quieren ganar o quieren perder? ¡Por la chucha entiendan!”, disparó esa vez.



II. Cómo la política identitaria corrompió el proceso constituyente. Ciper Chile

El estrepitoso fracaso de la Convención Constituyente clama hoy por explicaciones. Las necesitamos para comprender, y también para que un nuevo proceso evite hundirse por los mismos vicios que marcaron al órgano que primero presidió Elisa Loncón y luego María Elisa Quinteros. Un lugar primordial entre esas explicaciones corresponde a la política de la identidad, esa peculiar priorización de las agendas étnicas y de género sin la cual nuestro momento no se puede entender.

Que tal orientación estuviera presente, no tiene nada de sorprendente. En primer lugar, porque hoy es un elemento que se observa también en crisis políticas de diversas latitudes; pero además porque ya las reglas para elegir convencionales empujaban a su fuerte presencia. Desde el primer minuto esta mentalidad comenzó a tomarse la agenda: mucho antes de iniciar siquiera el debate, cuando se discutía aún cómo regular el uso de la palabra, la primera propuesta de la mesa fue que se hiciera según «criterios de paridad, plurinacionalidad, pluralismo, plurilingüismo y acción afirmativa». Un texto nacido de este ambiente difícilmente podía ser muy distinto del que acaba de ser rechazado.

En efecto, para quien busque comprender la política identitaria quizá no haya un fenómeno más digno de estudio que la Convención y su resultado. El texto completo acabó atravesado por la categorización en género y etnia. En su singular pretensión de estar a la vanguardia, todo —hasta la neurodivergencia (art. 29)— terminó convertido en identidad. Y por si algún grupo era olvidado, se creaba además el «derecho a la identidad». Pero más allá de su omnipresencia, ¿en qué sentido esta mentalidad marcó la propuesta constitucional? En lo que sigue atenderemos al modo en que este fenómeno marcó nuestra comprensión de la democracia y de la diversidad, nuestra posibilidad de articular un proyecto común, nuestra atención a las víctimas de la historia y, finalmente, nuestra capacidad de diálogo. Porque no fue solo anécdota, show o performance lo que la política identitaria llevó a la Convención, sino una mirada determinante para todo el proceso.

(1)

DEMOCRACIA Y REPRESENTACIÓN: Partamos, pues, por la manera en que se ha alterado nuestra comprensión de la democracia. Lo primero que salta a la vista ahí es la idea de representación que suele acompañar a esta mentalidad. No en vano se repitió por meses que estábamos ante la instancia más representativa de nuestra historia democrática. En realidad, lo que irrumpía era un nuevo tipo de representación, una lógica corporativa que choca con la tradicional representación democrática. Es eso lo que también se plasmó en el texto; por ejemplo, en los llamados a que el Estado adopte «medidas para la representación de diversidades y disidencias de género» (163.3) y en los escaños reservados «a nivel nacional, regional y comunal» (162.1). Una propuesta como esa amenazaba con convertir a cada órgano colegiado en una pequeña réplica de la Convención. Nadie duda de que estamos viviendo una crisis de la intermediación, pero es muy dudoso que el camino para superarla



pase por la representación de identidades que aquí se hizo presente y que se buscó perpetuar. En este sentido nada fue más revelador que el resonante rechazo que la propuesta constitucional recibió en las comunas con mayor población indígena: esto no los representaba a ellos.

Pero no se trata del único modo en que esta mentalidad afecta a la democracia. De una manera igualmente significativa, el identitarismo socava el papel de los partidos políticos en la vida democrática. El punto bien puede ilustrarse con un episodio narrado por Mark Lilla en El regreso liberal: hubo un momento, nota, en que la página web del Partido Demócrata (EE. UU.) no incluía un programa político unificado, sino diecisiete programas distintos. Así, aunque hubiera una estructura organizacional compartida, su discurso estaba disgregado en las diecisiete identidades que de algún modo convivían en el seno del partido. Aquí hay una lección fundamental. La democracia requiere partidos políticos, pero en su lugar la política identitaria ofrece movimientos. Esos mismos movimientos son los que en el último acto de la Convención cantaban que «el pueblo unido avanza sin partidos». El canto se hacía eco de un asunto de fondo: la virtual omisión de los partidos en el texto constitucional propuesto, cuando lo que se requería era precisamente hacerse cargo de sus deficiencias para fortalecerlos.

(2)

DIVERSIDAD Y PLURALISMO: Consideremos un segundo punto. Si la política identitaria afecta nuestra comprensión de la democracia, no tiene nada de extraño que también lo haga con nuestra comprensión de la diferencia. ¿Cómo lo ha hecho? En primer lugar, convenciéndonos de que recién ahora la diversidad del país se vuelve visible. Antes, se dice, la teníamos escondida. ¿Pero es cierta esta afirmación? Chile ha sido siempre un país plural. Reconocer ese hecho no significa pintar color de rosa nuestro pasado. Muchas injusticias solo se han reparado en el camino y otras están por reparar. Pero con toda su desigualdad, este sí ha sido un país plural. ¿Cómo, entonces, es que se ha instalado el discurso de una diversidad recién descubierta, que solo ahora esté siendo reconocida? La explicación se encuentra en el hecho de que aquí hay distintas concepciones del pluralismo en juego. O importan, por decirlo de otro modo, distintos tipos de diversidad. Puede haber mucho interés por respetar las minorías étnicas y sexuales; otra cosa es que se sepa dialogar con diferentes visiones políticas, intelectuales o religiosas. No hay razón, cabría apuntar, por la que se deba levantar aquí una disyuntiva. Pero el hecho es que la política de la identidad la crea, pues con frecuencia reduce las visiones a la condición identitaria en juego (como minoría étnica o sexual se debe pensar de un cierto modo, mientras las visiones de otros son reducidas a factores culturales que las explican).

Es crucial atender a estos distintos tipos de diversidad, pues cada concepción del pluralismo tiene su propio modo de imaginar las vías por las que la diversidad ha de plasmarse en las instituciones. Es cosa de ver la relación de cada una de estas mentalidades con las instituciones de la sociedad civil. Cuando se valora de modo claro la pluralidad de visiones de mundo, se busca también que éstas encuentren expresión en distintas instituciones, que haya una sociedad civil compuesta por organizaciones de muy variada inspiración. Donde, en cambio, reina la política identitaria, lo que preocupa es más bien la diversidad interna de



cada institución. El punto puede ilustrarse con una propuesta que en su momento hiciera la Comisión de Derechos Fundamentales de la Convención, según la cual debía garantizarse la «presencia de la diversidad cultural indígena en los medios de comunicación públicos o privados». Otro tanto cabe decir respecto de cómo las propuestas sobre paridad excedían el campo político para llevarla a «todos los espacios públicos y privados» (6.3). Esta diversidad interna de las asociaciones, no estará de más decirlo, ciertamente puede ser provechosa en muchas instancias. Pero conviene notar que como concepción básica del pluralismo estos dos modelos chocan, pues la preocupación por la diversidad interna de las instituciones bien puede acabar haciéndolas más parecidas entre sí. Es lo que William Galston ha llamado «la paradoja de la diversidad». Quien quiere una sociedad civil plural no puede tener por norte irrestricto la diversidad interna de sus instituciones.

Pero hay aquí un ingrediente adicional, que estuvo lejos de recibir la atención que merecía a lo largo del último año: la concepción identitaria de la diversidad no solo entraña problemas para el conjunto de la comunidad política, sino que además genera una imagen distorsionada de aquellos grupos a los que se busca hacer justicia. El caso más patente, sin duda, es la tendencia a describir a los pueblos indígenas como si una misma identidad o cosmovisión caracterizaran a cada miembro de un pueblo (como lo sugerían los arts. 11 y 34). Se trata de una flagrante fosilización de las culturas y su efecto podía notarse ya en campaña: el mapuche que no adhiriera al texto propuesto era tratado en la discusión como un «yanakona». Como lo señalara Douglas Murray a propósito de una discusión análoga, la pertenencia a una minoría étnica pasa así a depender de que uno «haga suyos unos agravios, unos principios políticos y unas plataformas electorales ideadas por otros». Nadie duda hoy de que tenemos una deuda con los pueblos indígenas, pero hay un desafío fundamental en canalizarla de un modo que reconozca la pluralidad de visión de mundo, económica y política que reina en ellos. En síntesis, el mantra del órgano más representativo de la diversidad del país falló tanto por lo que se refiere a la representación como por lo que se refiere a la diversidad.

(3)

UNIDAD, COHESIÓN, PROYECTO COMPARTIDO: No todo se agota en el problema de la diversidad. Así como se esperaba que el proceso y el texto reflejaran bien una sociedad variopinta, había también una tarea fundamental en relación con la unidad del país. No se trata de vivir en ilusiones respecto del grado de unidad o consenso que puede alcanzar una sociedad moderna. Pero, precisamente, porque en tales sociedades la cohesión es baja, es crucial que se pueda preservar y fortalecer lo que hay de proyecto común de país. Incluso si la meta es ser una sociedad pluralista, ello pasa en parte por efectivamente ser una sociedad. Y también aquí el identitarismo genera dificultades. Después de todo, una de sus consecuencias es la multiplicación de las luchas facciosas, con cada grupo subdividiéndose con nuevas pretensiones de pureza. Nada de eso se cura con una «marcha de todas las marchas». Algo de esta mentalidad se refleja también cuando en vez de afirmar la ciudadanía universal con sus derechos se levanta estos de un modo parcelado. Así ocurrió, por ejemplo, con el reconocimiento a los niños (26.1) o a las personas mayores (33.1) como titulares de derechos, en lugar de incluirlos en el reconocimiento universal de los derechos de las personas. Incluso si la colección de grupos con derechos fuera exhaustiva, los méritos de esta



enumeración de particularidades son dudosos cuando se los contrasta con lo logrado por el universalismo.

En ese mismo contexto pueden entenderse las recurrentes discusiones en torno a la idea de nación y los símbolos patrios. Aquí cabe recordar no solo la interrupción del himno en el acto inaugural, sino también el elenco de banderas identitarias —de regiones, etnias y diversidad sexual— con que se celebró el primer mes de la Convención. Un convencional propuso entonces —sin éxito— que se sumara a este elenco una bandera cristiana. El hecho es bastante revelador: en este ambiente también una religión con aspiración universal puede terminar reducida a una particularidad más en búsqueda de reconocimiento. Pero ningún panteón exhaustivo de identidades puede sanar la ausencia de símbolos compartidos. Y en los meses siguientes esos símbolos fueron puestos en cuestión de maneras que conviene recordar. Para algunos convencionales, en efecto, la independencia del país nos remitía a una historia de exclusión que no cabe celebrar. Incluso se propuso un preámbulo que se refería a la independencia subrayando su «contexto histórico excluyente» (en pretendido contraste con la refundación inclusiva del 18 de octubre de 2019). Vale la pena notar los paralelos con el «proyecto 1619» lanzado hace tres años por el New York Times, el cual buscaba reemplazar 1776 como fecha de nacimiento de la nación, procurando instalar como verdadera fecha de inicio la llegada de los primeros esclavos en 1619. La meta era obvia y explícita: presentar la esclavitud como el verdadero hito fundante de la república, a cuya luz su historia debe ser entendida. En esto, como en otras materias, los convencionales simplemente importaban un lente de la academia norteamericana, y uno de muy dudosa pertinencia.

En efecto, no es sano revisionismo histórico lo que se encuentra tras ese episodio norteamericano o en nuestra Convención, sino más bien lo que Pascal Bruckner ha llamado la «hitlerización del pasado». Después de todo, no hay nada nuevo en reconocer que una mancha atraviesa toda la historia humana, ni cabe negar que el racismo y la exclusión sean algunas de sus manifestaciones. La singularidad de nuestro momento se encuentra más bien en la incapacidad de mirar al pasado con una visión agradecida a la vez que se reconocen sus crímenes y tragedias. De ahí se sigue un rasgo más preocupante: la creencia en que ahora sí podremos levantar algo libre de esta mancha. La contracara de la denuncia del pasado, como vemos con frecuencia, son las pretensiones de pureza de los denunciantes. Por lo mismo, más de un autor ha notado el contraste entre esta política identitaria y el movimiento de los derechos civiles. La fuerza del discurso de Martin Luther King residía precisamente en que se tomaba lo de la ciudadanía universal más en serio que el Estados Unidos blanco [más en textos ya citados de Murray y de Lilla]. MLK apuntaba a un futuro en que importara no el color de la piel sino el contenido del carácter. No denunciaba los principios fundadores del país como inherentemente racistas, sino que exigía acabar con la discriminación racial en coherencia con dichos principios. El contraste con el identitarismo contemporáneo no podría ser más patente.

(4)

VICTIMISMO: Lo anterior nos permite pasar a aquel rasgo de la política identitaria que tal vez más presente estuvo en nuestro proceso: el victimismo. Fue este el lente bajo el que la historia completa del país era reducida a pura opresión y despojo (el acto de «abortar Chile»,



en Valparaíso, fue solo su expresión más grotesca). ¿Qué rasgos caracterizan al victimismo? Uno de sus problemas es la tendencia a nivelar problemas de muy distinto calibre: cuando todo escollo en el camino es tratado como opresión, cualquier injuria menor puede ser tratada como equivalente con graves atrocidades. En contraste con la cultura de la dignidad, en la que ciertas ofensas pueden ser ignoradas, aquí reina la preocupación por la «microagresión». Si nuestra sociedad tiene problemas de intolerancia, aquí se encuentra una de sus manifiestas raíces: la recíproca tolerancia supone que haya males que no nos parezcan imperdonables, que puedan ser sobrellevados. Si, en cambio, se nos invita a mirar todo el pasado y presente como opresión intolerable —si también nuestra concepción de daño se amplía sin límite—, se vuelve difícil encontrar razones para tolerar [ver Manning y Campbell].

El problema del victimismo, apurémonos en subrayar, no es reconocer que el orden social tiene víctimas. Obviamente las tiene, pero la verdadera pregunta es si se corresponden de modo tan estricto con el actual catálogo de identidades. Las mujeres han cargado con un peso distinto de los hombres, y en los pueblos indígenas se concentra una parte importante de las injusticias del país. ¿Pero nos permite esto juzgar de modo adecuado sobre casos concretos? ¿Es Kena Lorenzini una víctima? ¿Son víctimas los hermanos Ancalaf? Porque si no lo son, debemos preguntarnos por el modo en que este discurso favorece precisamente a opresores que saben navegar en las aguas de la cultura victimista.

Además, si todos somos víctimas, las verdaderas víctimas se nos vuelven una vez más invisibles. No es nada de extraño que el Sename, protagonista de nuestra discusión pública cinco años atrás, dejara de merecer atención prioritaria. Si la tarea es volver visibles a las víctimas, los méritos de esta mentalidad son ampliamente discutibles. Este problema se refleja de modo elocuente en la referencia de la propuesta constitucional a los «grupos históricamente excluidos». A estos se les debía brindar acceso preferente a la educación superior (37.7) y al Estado le habría correspondido garantizar de modo especial su participación e incidencia política (153.2). Esto puede sonar muy bien, y muchos lo ven como un pertinente llamado a poner en primer lugar a los desaventajados. Pero, ¿quiénes son los grupos históricamente excluidos? La lista es medianamente conocida: personas de pueblos originarios, migrantes, miembros del «pueblo tribal afrodescendiente», etc. ¿Cabría imaginar en tal lista a los pobres? La respuesta es negativa, precisamente porque no constituyen un grupo identitario. La verdad es que incluso los chilenos residentes en el extranjero están más cerca de entrar en esa categoría.

De modo análogo, en el articulado sobre justicia se recogía el enfoque interseccional (arts. 311 y 343): se instalaba así la idea de que hay todo un sistema de opresiones que desmontar, un sistema en el que raza y género pueden pesar tanto o más que la condición económica. Hay pocas materias, en efecto, que ilustren tan bien hasta qué extremos el delirio identitario condujo los destinos de la Convención. Después de todo, estamos ante un concepto de nicho que antes solo desempeñaba un papel en los estudios culturales. Fue ese mundo y sus ideas, sin embargo, el que acabó dando forma al texto. Este ha sido, recordemos, un dolor de cabeza para las izquierdas del mundo entero, que han dejado de priorizar la preocupación por las carencias materiales. Junto con perder el norte, han perdido así a sus históricos votantes. Hay, desde luego, quienes creen que se puede compatibilizar ambas agendas, la del cambio social



y la de la concepción identitaria de la diversidad. Pero también es posible que estemos ante dos concepciones morales distintas y que se deba aprender a escoger entre ellas. Eso no significaría, desde luego, desatender a las minorías étnicas o sexuales, pero sí significa preguntarse por las categorías y el lente adecuado para considerarlas.

(5)

LA AUSENCIA DE DELIBERACIÓN: Cerremos tocando una última vía por la que el identitarismo dañó nuestro proceso. Como ha notado Lilla, una consecuencia de esta mentalidad es el recurrente hablar «como x» o «en cuanto x». Se habla como miembro de un grupo identitario. Pero ese modo de hablar siempre espera una validación de la propia posición al margen del argumento. El cuestionamiento, que siempre vendrá desde la perspectiva «no-x», queda así descartado de plano. Algo de eso hubo también en nuestro proceso. Esta no fue, desde luego, la única razón por la que faltó deliberación política genuina en nuestra Convención, pero es uno de los motivos de su ausencia. No hay modo de conducir un intercambio racional cuando al frente se tiene una identidad en vez de un argumento. El debate político razonado supone un tipo de comunicación que la política identitaria imposibilita. Así es como a lo largo del proceso entero hubo posiciones tratadas como blindadas a la crítica. Y así fue cómo se selló, lamentablemente, su destino: no solo se dificultó la deliberación dentro de ella, sino que la cámara de eco así generada terminó aislando a la Convención de la ciudadanía.

¿Qué hacer? ¿Cómo salir de esto? Del diagnóstico crítico respecto de la política identitaria no se sigue ningún simplista consenso entre sus críticos: liberales, conservadores y socialistas explican de modo distinto el surgimiento de la mentalidad identitaria, y por lo mismo ofrecerán también salidas distintas. Unas tradiciones acentuarán la primacía de la voluntad individual sobre las categorías identitarias, otras acentuarán la destrucción de lo común por la fragmentación identitaria; unos atenderán a las condiciones materiales (y virtuales) bajo las que esta mentalidad se difunde, mientras otros notarán el trasfondo teológico, la comprensión de los grupos humanos a la luz de una singular transformación de las ideas de inocencia y pecado colectivo. Pero comoquiera que uno integre estas visiones u opte entre ellas es un hecho de importancia capital que aquí hay un diagnóstico compartido, y que hay recursos en nuestras distintas tradiciones intelectuales y políticas para salir de la condición en la que estamos. Eso supone, sin embargo, tomarse en serio las lecciones aprendidas y enfrentar una mentalidad que por mucho tiempo nos seguirá acompañando. Porque lo derrotado esta semana en las urnas no solo es una inspiración fundamental en sectores del gobierno, sino que reina en nuestra vida cultural y académica. Ningún plebiscito borrará por sí solo esa realidad.



III. Diputados crearán comisión investigadora por millonarios aportes de Corfo a proyectos mineros de los Piñera-Morel. Por Infogate.



Diputados Independientes-PPD se encuentran recopilando antecedentes para crear una Comisión Especial Investigadora, ya que según una investigación realizada por Ciper, durante el primer Gobierno del expresidente Sebastián Piñera, la Corfo aportó recursos a tres proyectos mineros vinculados a la familia Piñera Morel: Pampa Camarones (Arica), Ciclón

Exploradora (Taltal) y Don Gabriel, a través de dos Fondos de Inversión Privados (FIP), que son Esperanza y Co Inversión Minería Activa Tres.

En concreto, el 13 de marzo de 2013, la Corfo abrió una línea de financiamiento que permitió desarrollar estos proyectos mineros. Ese día se le otorgó una línea de crédito al FIP Minería Activa por más de US\$23 millones. Si bien la familia del expresidente no participa en el FIP Minería Activa Tres, que recibió los recursos públicos, tiene participación, a través de los fondos Esperanza y Co Inversión Minería Activa Tres, en los tres proyectos que fueron financiados con los dineros de la Corfo.

“Dada la gravedad de los antecedentes expuestos en el reportaje de Ciper, nos parece que lo prudente es analizar con detención dicha información y ver la procedencia de constituir una Comisión Especial Investigadora de la Cámara de Diputadas y Diputados, para ver si efectivamente hay fondos públicos que hubieran servido para iniciar proyectos mineros que eventualmente hubiesen sido beneficiarios la familia Piñera”, señaló el diputado Jaime Araya.

El parlamentario agregó que “nos parece que sería muy lamentable si así fuese, pero queremos actuar con responsabilidad, y desde ese punto de vista nos parece que es necesario revisar los antecedentes con la mayor profundidad de manera tal de ver si procede una Comisión Especial Investigadora, y si hubiese mérito para ello no tendremos ningún problema en hacerlo”.

Por su parte, el diputado Cristián Tapia, quien es subjefe de la Bancada PPD-Independientes y miembro de la Comisión de Minería, manifestó que “los antecedentes son muy graves, y es necesaria una comisión investigadora que llegue al fondo de esta situación que a todas luces se ve que hay manos negras metidas en este negocio. Los recursos del Estado deben ir



para la gente que lo necesita, para los pequeños mineros, pirquineros, ver tema de salud, aumentar fiscalizaciones y tener más funcionarios en Sernageomin, pero no para que las familias de los supermillonarios de Chile sigan aprovechándose del Estado”.

“Esperamos tener el apoyo porque este es un Congreso nuevo, y yo creo que todos estamos por la transparencia. Si la ley de pesca de Longueira ya fue aprobada por la Cámara, lógicamente aquí nos tenemos que sumar todos a que se haga una investigación de fondo con todos los elementos que ha entregado Ciper”, sostuvo el diputado Tapia.

Asimismo, la diputada Marta González, afirmó que “nos parece de suma importancia poder investigar estos hechos, ya que este tipo de actos, donde dineros públicos se usan para beneficiar a empresas privadas, de grandes grupos económicos, y más aún donde se involucra a la Presidencia de la República, son sumamente cuestionados y repudiados por la ciudadanía”.

“Me parece importante investigar sobre todo en este periodo donde los ciudadanos exigen mayores derechos sociales, mejoras en vivienda, en educación, y para financiarse todo eso se necesitan recursos, por lo que el Estado no puede en ningún caso seguir teniendo estos hechos tan lamentables y tener una conducta laxa a la hora de indagar estos hechos”, concluyó la legisladora.

IV. A 49 años del golpe. Este domingo 11-S marchamos, en memoria de los caídos y a 50 años de los Cordones Industriales: por un partido revolucionario de la clase trabajadora. La Izquierda Diario.

La conmemoración de los 49 años del golpe no llega en un momento cualquiera. Luego del triunfo del rechazo el domingo 4 de septiembre, la derecha de Chile Vamos, junto con la ex Concertación, han querido instalar un balance del resultado electoral diciendo que “fue derrotado el octubrismo y los maximalismos” y que el pueblo chileno “es moderado”. El gobierno de Boric se sube también a ese balance, y nuevamente realiza un giro al centro político con el cambio de gabinete, metiendo de lleno a “los 30 años” en los principales ministerios.

Lo que quieren hacer es enterrar las demandas de octubre. Pero lo cierto es que lo que fue derrotado en esta elección fue precisamente el Acuerdo por la paz, ese pacto espurio que firmaron los partidos tradicionales y el Frente Amplio, luego con la venia del Partido Comunista, que salvó a Piñera y que entregó un proceso constituyente amañado, sometido a los poderes constituídos y a las reglas del juego de los poderosos, con los $\frac{2}{3}$ y diversas trabas.



En el fondo, el camino del respeto institucional, a las reglas del juego de los poderosos, de cederle en todo a la derecha, de aceptar sus reglas del juego, y de aliarse a la ex Concertación, demostró ser un fracaso para poder acabar con la herencia de la dictadura. Este es un balance fundamental a realizar en una fecha emblemática como esta, a 49 años del golpe militar.

Este año a su vez se cumplen 50 años del nacimiento de los Cordones Industriales, embriones del poder de la clase trabajadora, que fueron coordinaciones territoriales de fábricas y empresas de un mismo sector, bajo control de sus trabajadores y que llegaron a ser más de 8 en la región Metropolitana solamente, respondiendo con control obrero y movilización al paro patronal de octubre del 72' y a cada intentona golpista de la derecha y el empresariado antes del 11 de septiembre del 73', enfrentando el desabastecimiento y ligándose, embrionariamente, a sectores populares.

Fueron el verdadero terror de los patrones, de la DC y de la derecha. Contra los Cordones, precisamente, se apuntó la más dura represión militar, incluso antes del golpe del 11 de septiembre. Los Cordones Industriales marcaron un camino de auto organización, que podría haber mostrado una vía distinta a la "vía pacífica de Allende", si se hubiesen multiplicado, centralizado, y decidido a enfrentar a la derecha de manera independiente al gobierno de la Unidad Popular.

A 49 años del golpe y a 50 años de los Cordones Industriales ponemos en la mesa estas lecciones, que siguen siendo fundamentales para el presente: la fuerza de la clase trabajadora auto organizada, si se pone en movimiento, puede ser imparable. Traído a tiempos más cercanos, si el paro nacional del 12 de noviembre del 2019 se ampliaba y se hacía indefinido, si entraba la clase trabajadora al conflicto, Piñera podría haber caído y se podría haber abierto la perspectiva de una verdadera Asamblea Constituyente Libre y Soberana.

Este 11 de septiembre marcharemos por estas banderas, por construir una izquierda que tenga ese horizonte, por un partido revolucionario de la clase trabajadora, internacionalista, socialista, que saque las lecciones del pasado para luchar en el presente por una alternativa de las y los trabajadores, para enfrentar a la derecha de manera independiente al gobierno y por una salida ante la crisis económica y social que la paguen los grandes empresarios.

Marchamos por una política de la clase trabajadora independiente a este gobierno y de los partidos del régimen que han velado por los intereses de los grandes empresarios, haciendo que la crisis la pague el pueblo trabajador. Peleamos por un programa de emergencia para que no sea así, para que los costos de esta recesión y crisis social los paguen aquellos que se enriquecieron gracias a la herencia de la dictadura durante los 30 años, los grandes capitalistas.



Análisis semanal 1004
12 de septiembre 2022

A 49 años del golpe militar, no olvidamos, no perdonamos ni nos reconciamos. Por la memoria de los caídos, de los detenidos desaparecidos, de los torturados, nuestro mayor homenaje es nuestra lucha.

Te invitamos a marchar este 11 de septiembre, a las 09:30 hrs en metro Los Héroes junto al Partido de Trabajadores Revolucionarios, PTR, para levantar estas banderas.